

SOBRE LAS FRONTERAS

El gran poeta ha muerto, en Nicaragua, su país natal; ha muerto

... bajo el nicaragüense sol...

que cantó en una de sus más discutidas y ridiculizadas poesías: en aquella, acaso, que, con el famoso *Soneto de trece versos*, proporcionó más poderosos argumentos en contra de su credo poético á los estratificados en las viejas normas, y más fecunda fuente de inspiración á esos desdichados bufos parodistas de la poesía, que tan íntimo goce parecen encontrar en dejar que aparezca al desnudo, en lamentable exhibición, su incompre-

sividad y falta de inteligencia, disfrazadas de bajo y vulgar ingenio.

Como todos los innovadores, Rubén Darío fué pararrayos sobre el que vinieron á descargar sus iras, sus impotentes y biliosas iras, los que tan á gusto caminaban en el machito de la rutina y la ramplonería. ¡Es tan cómodo, tan agradable, no tener qué pensar! ¡Resulta tan fácil encontrar el carril hecho—y cuanto más llano, mejor—y seguirlo como mula de recua, sin molestarse en buscar nuevas sendas, sin verse obligado al gran esfuerzo de echarse á un lado del camino y remover la tierra y abrirse otro nuevo con distintas perspectivas, con más originales y anchos horizontes!

Rubén Darío es un símbolo. Después veremos también que es toda una época literaria. Es un símbolo, el primer símbolo que de modo eficaz, claro, evidente, muestre lo que para la vieja España, pobre hoy de espíritu en fuerza de haberlo derrochado durante siglos, puede ser la

intima convivencia con sus hijas las jóvenes razas de Sudamérica, exultantes de vida vigorosa, ambiciosas de acción, rebosantes del saludable ímpetu juvenil de remover y renovar: de crear, en una palabra.

Él vino de América, con su espíritu revolucionario y cosmopolita, extraña fusión de amor á los clásicos castellanos y de ansia de innovar, y transformó profundamente, radicalmente, nuestro mundo literario. Él nos puso en comunicación con Europa: él, americano. Y para ello hubo de romper violentamente el cerco apretado y férreo, la alta y formidable barrera que la chabacanería, la vulgaridad, el ingenio ramplón (que en el *Madrid Cómico*, de malhadada memoria, culminó), y el culto inconsiderado y perezoso de los poetas fáciles y sonoros habían levantado entre nosotros y la Europa que pensaba, que evolucionaba y que seguía su marcha hacia la perfección. Era un fenómeno que por centési-

ma vez se reproducía en nuestra historia: que siempre ha mostrado España la misma afición, sólo explicable por la enorme pereza de la raza, á detenerse, á aislarse, á cristalizar en una forma definitiva. Raza retardataria, sin curiosidad, sin inquietud espiritual—que no lo es el mostrarse discola y orgullosa, reacia al yugo del conductor—, forzosamente ha de acoger con la repulsa más categórica todo intento de avance que suponga transformación ó simple cambio, como fué el que representó para nuestra poesía la aparición de Rubén Darío.

Y del latigazo, de la violenta sacudida eléctrica que para nuestro pequeño mundo literario significaron aquellos magníficos versos, tan impregnados de espíritu, de cultura, tan íntimamente musicales, tan originalmente elegantes, nuestro pequeño mundo poético se defendió acudiendo al arma del ridículo: el arma de los pequeños, de los miserables, de los pobres de espíritu. No discutió las nue-

vas formas, no opuso razonamientos á las razones de los sacerdotes del nuevo culto: respondió sólo con la burla: y con la burla soez, sin ingenio y sin gracia casi siempre.

Impotencia, al fin y al cabo: porque Rubén Darío, como todo el que lleva en su espíritu la sagrada llama de la eterna poesía—eterna y única á través de sus infinitas transformaciones—, se impuso, formó escuela, y echó al rincón del olvido á toda esa lamentable taifa de poetas chirles, tuertos en tierra de ciegos, que se habían lanzado, en un desesperado y angustioso tacto de codos, á cerrar el paso al apóstol de las nuevas formas. Llegó el hombre con sus dos ojos sanos y abiertos: y ya, no obstante sus gritos y gesticulaciones, ¿quién se acuerda de los desdichados tuertos?

Y he ahí el símbolo representado en Rubén Darío. ¿Qué nuevas corrientes vigorosas de sangre juvenil, de inquietud y de renovación no puede esperar la

vieja España de una íntima convivencia con la joven América?

Dijimos que Rubén Darío es además una época literaria. ¿Quién que la haya vivido podrá dudarlo? Es toda la época de lucha del llamado, no sabemos todavía por qué, *modernismo*. Y no sabemos todavía por qué, porque los modernistas, los terribles modernistas, que nos han presentado como enemigos del idioma y de todo lo castizo, uno de los más graves pecados que cometieron fué el ir á buscar enseñanza é inspiración en las raíces mismas del idioma y de la poesía castellanos. Y así, merced á ellos el arcipreste Gonzalo de Berceo, el marqués de Santillana, los poetas todos—magníficos y castellanísimos poetas—de los siglos xiv y xv, un poco olvidados y sacrificados en aras al culto, excesivo y no siempre producto de reflexión, por los poetas de nuestro Siglo de Oro, renacieron á la admiración pública.

Y con este renacimiento volvió á nues-

tra poesía un poco de sencillez y de transparencia y un deseo de saturación espiritual y de sobriedad, en oposición á la altisonante, campanuda, hueca y palabarrera poesía que, por lamentable corrupción del sentido crítico, había venido considerándose, y aun hoy se considera por muchos, como nuestra genuina tradición literaria.

Y esa época de transición entre una poesía que sólo se pagaba de facilidad y resonancia y esta otra actual, en que el poeta persigue una más íntima musicalidad, más elevada, cordial y comunicativa ideología; en que busca el espíritu de la raza, sus ansias, aspiraciones é ideales, y los encierra en palabras sencillas y expresivas, huyendo de los ritmos fáciles y de la palabrería gárrula y profusa, es la época que en este gran poeta tiene su más pura representación: poeta nicaragüense por el nacimiento, pero profundamente español por el espíritu. ¿En qué otro poeta el alma española,

mística y guerrera, caballeresca y emprendedora, de nuestros magníficos siglos de conquista y aventura aparece más exacta y elocuentemente transcrita y evocada que en tantos espléndidos versos del poeta que acaba de morir, y que tan sañudamente fué combatido por galicista y corruptor del idioma? Su nombre ha de pasar unido á la historia literaria de España, sin que de ella pueda separarlo su nacionalidad extraña: que por encima de las fronteras territoriales, una gran frontera espiritual encierra y une á todos los hombres de habla y de espíritu español.

FANTASIO.

RUBEN BAJO LA FRONDA

No podían los artistas españoles olvidar á Rubén, el peregrino. Bajo la fronda amable de nuestro Buen Retiro, el busto del gran poeta—Panida, Pan, él mismo—tendrá el trono geórgico que conviene á su divinidad.

Rubén Darío, el magnífico, tan artista que, no contento con el nombre que tenía, hízose uno á su gusto con el encanto y entusiasmo con que hubiera hecho un poema, será glorificado en Madrid, no, por fortuna, con oropeles oficiales, y sí con el hondo amor de quienes quedan en la misma comunidad de su credo de arte.

Un poeta americano era y aún sigue siendo, bien que ya felizmente en considerable excepción, algo para alarmar á los públicos y á los literatos españoles. América, aunque sea doloroso reconocerlo, ha caminado con un gran retraso en la literatura. Por eso vemos que en sus manifestaciones literarias no han pasado todavía de la lírica. No es esto un desdoro, ni mucho menos, ya que la lírica es primitiva, pero eterna, y puede llegar á la más noble excelsitud. El teatro, modo primitivo también, y que aparece en los pueblos inmediatamente después que la poesía lírica, no se manifiesta hasta ahora sino con tenues balbuceos en América. Y en cuanto á la novela, que es ya un arte superior y más perfecto, apenas si hay alguna que merezca los honores de obra considerable entre la producción literaria de las jóvenes Repúblicas hispanoamericanas.

Por regla general, los prosadores de esos países están todavía en la escuela

oratoria de los nuestros de hace medio siglo, y los poetas permanecen entre Quintana y Núñez de Arce. Ciertamente que á la idiosincrasia de los naturales y moradores de tales tierras acompaña ese gusto por la ampulosidad y la retórica.

Andrés Bello, que fué el Alberto Lista venezolano, estaba muy bien y era un hombre de su tiempo. Olegario Andrade, el argentino, que es posterior, representa la manera de hacer del autor del *Pelayo*, lo cual ya no está tan bien. En esa modalidad parecieron cristalizar la mayor parte de los vates de la América española, y ha sido menester llegar á fines del siglo XIX para encontrar figuras con propio vigor y personalidad.

Méjico nos ofrece el estro fuerte y tremendo, con ímpetu de terremoto ó de fuego, del Popocatepetl, que es la poesía de Salvador Díaz Mirón, y al lado, la exquisitez y la intensidad de Gutiérrez Nájera y de Amado Nervo. No citaremos de Centro América á Enrique Gómez

Carrillo porque es completamente nuestro. Venezuela nos da la prosa exaltada y la poesía admirable de Blanco-Fombona. El Perú, que ha dejado un prosista como Montalvo, el autor de los *Capítulos que se le olvidaron á Cervantes*, tiene, y largos años le dure, un poeta como Santos Chocano; y en la parte meridional de la meridional América ha quedado la gloria de José Asunción Silva, el del *Nocturno* glorioso, y la suave melancolía de Herrera Reissig, el de *Los peregrinos de piedra*.

Entre este Parnaso tiene su sitio excelso la figura de Rubén Darío, de quien puede enorgullecerse la América Central. Grecia, España y Francia eran las tres gracias que guiaban su espíritu preclaro. Su larga permanencia en París y su compenetración con la literatura francesa determinaron en él una manera exótica de ser, y al mismo tiempo unos deseos de variedad para la ya de suyo varia y rica métrica española. ¿Es ello

un cargo que se le puede hacer? Nada más lejos de lo verdadero y de lo justo.

Sin faltar al natural respeto que es menester guardar á las tradiciones del idioma, hay que reconocer la necesidad de renovación y de adaptación al espíritu de los tiempos que debe tener el lenguaje, el cual para el artista no debe ser un fin, sino un medio. ¿Será necesario recordar una vez más que Boscan y Garcilaso trajeron á nuestra poesía formas nuevas que no eran españolas? Pues clásicos nuestros son, y nadie osaría discutirlos. Y si llegamos á Cervantes, hallaremos los italianismos que prodiga en sus escritos inmortales y las innovaciones que para bien del idioma introdujo en nuestra habla, sin que por ello quede menoscabado su prestigio.

Rubén Darío ha contribuído de una manera enorme á la renovación de nuestra poesía. El gran artista, que tendrá un puesto de honor en las antologías, merece en la historia de las letras hispano-

americanas el recuerdo debido á quienes traen medios nuevos para la expresión espiritual.

Bien venida sea á la umbría de nuestro Buen Retiro la efigie de este otro

Padre y maestro mágico, liróforo celeste,

y que ante ella, como en un ara, muestre su fuego nuestro rojo clavel,

... la flor extraña,
regada con la sangre de los toros

PEDRO DE RÉPIDE.

COMPLICADO É INGENUO

Es la Muerte la que vuelve á hacernos presente la figura amable y admirable de Rubén Darío. Fué ella la que lo ha traído de nuevo hasta nosotros. Ella nos procura la ocasión de recordarle.

Con este hombre ha desaparecido de la tierra uno de los grandes poetas universales. Y no entendemos como universalización lo que podría mejor llamarse cosmopolitismo. Dentro de lo local y dentro de lo individual manifiéstase la universalidad, y ya hubo quien afirmó que en una biografía se encierra la historia de la Humanidad, Fué universal Rubén Darío, por su comprensión, por

su capacidad de invención, por su sensibilidad. Fué universal como lo son ahora sus contemporáneos Gabriel D'Annunzio, Emilio Verhaeren, Mauricio Maeterlink, Rabrindant Tagore, Guerra Junqueiro, como Juan Maragall lo ha sido. Trató Rubén Darío los vastos temas y los pequeños temas, y en los pequeños temas palpitaba la vida que quería ampliarse hasta lograr todo su desarrollo. Los pequeños temas eran gérmenes de algo superior á ellos, siendo ellos mismos, como en *El arte de ser abuelo*, de Víctor Hugo, parece aññada la inspiración que ha dictado *La leyenda de los siglos*.

La universalidad es la característica espiritual de Rubén Darío. De otro modo, Rubén Darío permanecería en la clasificación literaria como un poeta más, del cual conocen versos las señoritas soñadoras y al cual admiran los que suponen que un poeta es el espíritu de una raza determinada. Y sucede todo lo contrario.

Y sucede que quien admira á Núñez de Arce, porque se encuentra en él, no admira á Rubén Darío, porque le saca de sí mismo, porque le sugiere como un anhelo de evasión de su propia personalidad, un afán de conquista, de logro de lo desconocido, de excursiones hacia lo que no ha podido ver aún.

La musa de Rubén Darío es dinámica y ambulatoria. Vive en todos los climas, canta en todos los idiomas, ama en todo lugar en que el placer adquiere matices de transcendencia. No es lo pintoresco lo que la atrae, sino la razón de ser de lo pintoresco. Siendo una es múltiple, sus facies son innumerables. Su corazón tiene un latido isócrono con el latido del corazón del mundo.

Al hablar la musa de Rubén Darío, expresándose bien en todas las lenguas, deja advertir siempre un acento extraño; un acento español cuando procede por versículos á lo Watt Withman; un acento francés si habla de cosas de Es-

paña; un dejo inglés si es de asuntos italianos de los que se ocupa. Audaz, cosmopolita, antigua y moderna, es la musa en que reside toda la emoción de lo nuevo con el amor á lo pretérito, á lo que ostenta el prestigio de gloria y de brillantez de los mejores días. Hacia lo que será, con firme arraigo en lo que pasó.

¡Rubén Darío! Su nombre significa toda la revolución ocurrida en la poesía española contemporánea. El mismo ha hablado en su libro *Opiniones* de los poetas que vinieron en pos de él: Antonio y Manuel Machado, Ramón Pérez de Ayala, Antonio de Zayas, Juan R. Jiménez, Francisco Villaespesa, Pujol, Nilo Fabra, Andrés González Blanco. Y después, la legión.

Pero donde el arte de versificar, donde las lecciones de rítmica y de rímica encontraron un verdadero discípulo, que es á su vez un maestro, fué en don Ramón del Valle-Inclán, para quien las pa-

labras son algo maleable, capaz de expresar lo que él quiere que expresen. Un libro de versos y sus obras dramáticas, *La marquesa Rosalinda*, *Voces de Gesta*, *Cuento de Abril*, lo afirman.

Merced á Rubén Darío, los poetas que iban á continuar la historia de la poesía española no la han continuado. Merced á las enseñanzas del autor de *Prosas profanas*, los que habían de "persistir" han preferido retornar á lo antiguo y soñar con lo futuro. Él ha innovado, creando, como una civilización, una generación de artistas de la lírica.

Robusta, fuerte y consistente es la obra total del poeta que ha muerto. No es preciso recordar títulos ni evocar estrofas. El enunciado del nombre del "líróforo", como él diría, es suficiente. Un nombre en el cual llegan todas las reminiscencias de los aromas campestres más puros y más ingenuos y de los perfumes sutiles más penetrantes producidos por la industria. El arte y el artificio armo-

nizados. La verdad y la bella mentira, confundidas.

Tal fué la norma; tal fué la preceptiva en que el espíritu de este poeta universal cifró sus pensamientos, sus visiones de la realidad, sus deseos y sus intuiciones proféticas.

Su trabajo ha terminado. No hacía falta ni una línea más en él. Ha muerto habiendo cumplido gloriosamente la misión con que los dioses le habían enviado á la tierra.

Como Hugo, como ahora Verhaeren, Maeterlink ó Rabrindanath Tagore, era universal en su estro Rubén Darío; tan universal en las canciones breves, en los madrigales pueriles y candorosos, como en los poemas, en que vibra una inspiración socializadora, cordial y efusiva. Fué un gran poeta al que la Naturaleza le había dotado del divino don. La cultura ha hecho lo demás. La Muerte le ha acercado á nosotros.

BERNARDO G. DE CANDAMO.

LA OBRA DEL MAGO

La obra de Rubén Darío ha sido de neologismo poético: ha naturalizado en España el verbo inspirado y cambiante de musas extranjeras. Garcilaso hizo casi hablar en italiano al español: intentóse en el siglo de oro el latín y hasta el hebreo. El perfecto casticismo sólo existe en el folk-lore. Acaso el castellano está poco influido por los verbos lejanos, y al decir verbo no me refiero á la lista de las palabras, sino al espíritu diverso que las mueve. Lo característico de Rubén Darío es haber sentido la inmensa necesidad de dar al lenguaje de las esculturas una movilidad que consintiese desde el

vuelo arrebatado hasta la pirueta del capricho.

La tradición sería cosa muerta si no reaccionara de continuo bajo la acción de la novedad, sólo corrosiva para las tradiciones ficticias ó caducas. La heroica audacia de Rubén Darío ha sido una magna operación vital en la lengua castellana.

Podrá decirse que la novedad desorienta, pero sólo al mediocre. Y, ¿qué importa el naufragio del mediocre en literatura? En realidad, la pléyade de imitadores cursis y desvencijados de Rubén Darío en la actual literatura, no son argumento contra él, sino su consagración. El genio es siempre cruento, á veces para sí mismo, y siempre para los demás.

Rubén Darío es como un eterno neófito del castellano. Los románticos ingleses fueron italófilos; los alemanes, anglófilos; los franceses, germanófilos. ¿Qué tuvo esto de particular, si los mejores

clásicos del Renacimiento han sido, tal vez, los traductores de las lenguas antiguas? ¡Y los mejores latinos los más griegos! Para escribir en castellano, como en cualquier otro idioma, lo peor es aprenderlo. Compárese el castellano, de Santa Teresa ó el de Rubén Darío con el de D. Antonio Maura.

Rubén Darío ha hecho caer la frontera septentrional de España, que ya algunos catalanes se ocupaban viciosamente en socavar en su extremo oriental. El poeta centro-americano ha articulado en Europa la poesía castellana contemporánea. Junto á la tumba del Mago vemos renovarse la tierra árida. Quisiera que no se me enojasen estos dos grandes poetas de la austeridad española, Antonio Machado y Miguel de Unamuno, si me atrevo á significar que han nacido begonias en una estepa.

JOSÉ CARNER

COTIDIANAS

Ha muerto Rubén Darío cuando ya declinaba su influencia en la poesía castellana; ha muerto el altísimo poeta de las elegancias decadentes. Ante la catástrofe de Europa, con la que parece iniciarse un período de renovación absoluta, el poeta del europeísmo, del *diletantismo*, del estetismo, se excluye del mundo, se vuelve al reposo eterno que cantó en versos de oro y de cristal.

La muerte de Rubén Darío motivará densos artículos y elegías; muchos periódicos publicarán su retrato; las revistas literarias dedicarán páginas enteras al comentario de su obra poética; se celebrarán veladas honrando su memoria,